

Misa Votiva de la Virgen el sábado de Adviento
Iglesia del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse, Wisconsin
11 de diciembre de 2021

Is 7, 10-15
Lc 1, 26-38

Sermón

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Mi corazón está colmado de la más profunda gratitud a Dios todopoderoso, que, desde el pasado 10 de agosto, me ha conducido, a través de un gran sufrimiento el cual aparentemente habría terminado en la muerte, a ofrecer hoy la Santa Misa Pontifical de Nuestra Señora en el sábado de Adviento, según el Uso Más Antiguo de nuestro querido Rito Romano. Al dar gracias a Dios por haberme conservado en vida, agradezco también a Nuestra Señora de Guadalupe, la Virgen Madre de Dios, y a San José, su Verdadero y Casto Esposo, y a la asamblea de los santos que intercedieron tan poderosamente por mí durante el tiempo de mi prueba. Cuando recuperé la conciencia después de pasar nueve días críticos en un ventilador, quedé inundado del conocimiento que Nuestra Señora de Guadalupe había estado constantemente sosteniéndome en sus brazos, manteniéndome unido en el corazón con el glorioso Corazón traspasado de su Divino Hijo, el Sacratísimo Corazón de Jesús.

También percibí inmediatamente los innumerables fieles que rezaban y ofrecían sufrimientos a Nuestro Señor, durante el tiempo de mi enfermedad y recuperación, pidiéndole que me sanara y me diera fuerzas. Aunque tuve la bendición de contar con una excelente atención médica, que nunca olvidaré en mis oraciones de agradecimiento, fue Dios quien respondió a esas muchas oraciones y aceptó esos muchos sufrimientos, manteniéndome en vida y ayudándome a recuperar mis fuerzas. Al agradecer a Dios hoy, ofrezco oraciones de agradecimiento por todos los que imploraron a Nuestro Señor en mi nombre, invocando la intercesión de Nuestra Señora, de San José y de todos los Santos.

Al ofrecer la Santa Misa en la Iglesia del Santuario, me apresuro a expresar mi más profunda gratitud al Padre Paul Check, su Director Ejecutivo, y al personal del Santuario por todo el aliento y el apoyo que brindaron a mí y a mi familia durante los días más críticos de mi enfermedad y recuperación. También expreso mi gratitud al Oratorio de Santa María en Wausau y, en particular, al canónigo Aaron Huberfeld, Rector del Oratorio, al canónigo Heitor Mateus, su Vicario, y al personal del Oratorio por acogerme durante los casi tres meses completos de mi rehabilitación. Me complace mucho que el Coro del Oratorio de Santa María ofrezca la música sagrada para la Misa Pontifical de hoy y que estén presentes tantos fieles del Oratorio.

Estoy profundamente agradecido al Instituto de Cristo Rey Soberano Sacerdote, del que son miembros los canónigos Huberfeld y Mateus, y del que es miembro mi secretario personal, el canónigo Stephen Michael Sharpe, por la fidelísima y generosa ayuda que me han prestado de tantas y tan variadas maneras. Monseñor Gilles Wach, Prior General del Instituto, y Monseñor Michael Schmitz, su Vicario General, no han escatimado nada para proporcionarme la asistencia del Instituto. Agradezco también a la Madre María Regina, mi antigua secretaria y ahora Superiora de las Hijas de la Obra de María, por todo lo que sus Hermanas y ella han hecho con tanta generosidad y competencia para ayudarme. Que Dios recompense abundantemente a todos los que me han asistido y me siguen asistiendo, para que pueda volver plenamente al servicio activo de Nuestro Señor y de su Cuerpo Místico, la Iglesia.

Evidentemente, si Nuestro Señor me ha mantenido en vida es por que desea que sea cada vez más fiel, generoso y puro en el trabajo junto a Él para la salvación de las almas. De manera particular, aparte de mis responsabilidades como Obispo y miembro del Sacro Colegio Cardenalicio, quiero concentrar mi servicio a Nuestro Señor y a su Cuerpo Místico, la Iglesia, en este Santuario aquí, ayudando a que sea un faro de la verdad y del amor de Dios en un mundo acosado por tantas mentiras y tantas acciones de odio. Con la ayuda de la Virgen de Guadalupe y de su santo mensajero, san Juan Diego, quiero ayudar a los peregrinos del Santuario a tener un encuentro lo más pleno posible con el Señor, un encuentro que les sostenga al volver a sus casas, a su trabajo y a otras actividades. De manera especial, me dedicaré a la realización de la Casa de Ejercicios que se construirá junto a la Iglesia, para que los peregrinos puedan pasar aquí regularmente varios días con Nuestro Señor, especialmente en los momentos más importantes o críticos de su vida.

Después de la Misa Pontifical, estaré presente en la Cripta de la Iglesia del Santuario para saludaros. Me complacerá saludar y agradecer personalmente al mayor número posible de vosotros. A todos los que estén presentes en la Santa Misa o se unan a nosotros a través de los medios de comunicación, sabed que permaneceréis siempre en mis agradecidas oraciones. Por favor, seguid rezando por mí.

El tiempo de Adviento y, de manera particular, la Misa Votiva de Nuestra Señora del sábado de Adviento, nos encaminan hacia nuestra fundamental necesidad de una relación profunda y duradera con Dios. Sin Dios, somos realmente como una tierra árida que ni tiene vida ni puede producirla. Al mismo tiempo, el Adviento y la Misa Votiva de hoy dan testimonio de la presencia de Dios con nosotros en la Iglesia, como fruto incomparable y duradero de la Encarnación Redentora de Dios Hijo para nuestra salvación. En el Introito de la Santa Misa de hoy, hemos rezado: "Desciende, cielo, el rocío de lo alto, y que las nubes hagan llover lo justo: que se abra la tierra y brote un Salvador. Has favorecido, Señor, tu

tierra; has devuelto el bienestar a Jacob."¹ En su comentario al tiempo de Adviento, así oraba Dom Próspero Guéranger:

Ven, oh Jesús, ven pronto, y danos de esa agua que fluye de tu sagrado Corazón... Esa agua es tu gracia; deja que ella riegue nuestra aridez, y nosotros también floreceremos; deja que apague nuestra sed, y correremos por el camino de tus preceptos y tus ejemplos. ... No, desde ahora nuestros brazos ya no están abatidos; nuestras rodillas ya no tiemblan; sabemos que es por amor que vienes. Sólo una cosa nos entristece: es ver que nuestra preparación no es perfecta. Todavía tenemos lazos que romper ¡ayúdanos, oh Salvador de los hombres!²

Dom Guéranger nos exhorta: "Pidamos, junto con la Iglesia, el rocío que dará nueva vida a nuestros corazones, y la lluvia que los hará fructificar".³

¿Con cuánta frecuencia experimentamos una falta de propósito y dirección en nuestras vidas? ¿Cuántas veces nuestras vidas pueden parecer como la tierra seca y árida que no ha recibido ni rocío ni lluvia? Es entonces cuando debemos levantar los ojos para contemplar a Nuestro Señor que está con nosotros en la Iglesia, sobre todo en la Sagrada Eucaristía, y contemplar cómo nos ha salvado por su Encarnación Redentora y cómo sigue derramando en nuestros corazones, desde su glorioso Corazón traspasado, la gracia que hace nuestra vida fecunda, que nos convierte en una bendición para el prójimo.

Es la Madre de Dios quien nos ayuda a ver y a buscar en su Divino Hijo la gracia que transforma una vida que se ha convertido en un desierto en una vida que da vida y fomenta la vida de los demás. Cuando el rey Acáz se negó a acudir a Nuestro Señor en un momento de inminente muerte y destrucción a manos de potencias extranjeras, Nuestro Señor, a través del profeta Isaías, prometió: "He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel"⁴. La promesa de Nuestro Señor se cumplió definitivamente, cuando el Arcángel Gabriel anunció a la Virgen María:

¹ « Rorate, caeli, desuper, et nubes pluant iustum: aperiatur terra, et germinet Salvatorem ». Ps. 84,2 Benedixisti, Domine, terram tuam: avertisti captivitatem Iacob." *Missale Romanum*, Missa de Sancta Maria in Sabbato, I, Tempore Adventus, Antiphona ad Introitum.

² "O Sauveur ! venez vite nous donner de cette Eau dont votre Cœur est la source, ... Cette Eau est votre Grâce ; qu'elle arrose notre aridité, et nous fleurirons aussi ; qu'elle désaltère notre soif, et nous courrons la voie de vos préceptes et de vos exemples, ... Non, désormais nos bras ne sont plus abattus ; nos genoux ne tremblent plus ; nous savons que c'est dans l'amour que vous venez. Une seule chose nous attriste : c'est de voir que notre préparation n'est pas parfaite. Nous avons encore des liens à rompre ; aidez-nous, ô Sauveur des hommes !" Prosper Guéranger, *L'Année liturgique*, L'Avent, 21^{ème} éd. (Tours: Maison Alfred Mame et Fils, 1926), p. 250. [Guéranger].

³ "[D]emandons, avec la sainte Église, la rosée qui rafraîchira notre cœur, la pluie qui le rendra fécond." Guéranger, p. 251. English translation: GuérangerEng, p. 236.

⁴ Is 7, 14.

Y he aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios el trono de David su padre: Y reinará en la casa de Jacob por siempre; y su reino no habrá fin.⁵

Nuestra Madre Santísima, vaso de elección en el que Dios Hijo tomó nuestra naturaleza humana, uniéndola a Su naturaleza divina, para salvarnos del pecado y para salvarnos para la vida eterna, en su maternal amor por nosotros, nos atrae constantemente para que elevemos los ojos y veamos la salvación que Nuestro Señor está obrando en medio de nosotros.

Hoy en día, muchos ceden al desánimo o incluso abandonan a Nuestro Señor en la Iglesia, buscándolo en otra parte. La tentación del desánimo o incluso del abandono de Nuestro Señor es comprensible, desde un punto de vista puramente humano. Si todo lo que somos y tenemos es únicamente de esta tierra, entonces no tenemos motivos para la esperanza. Pero la Virgen nos hace mirar hacia arriba, para que no veamos sólo el mundo terrenal y pasajero que nos rodea sin ver nuestro destino eterno. Con su ayuda, no sólo aceptamos, sino que incluso abrazamos con alegría el sufrimiento del tiempo presente, porque nos permite compartir los propios sufrimientos de Cristo por nuestra salvación y la del mundo.

Con San Pablo, nos alegramos de completar en nuestros cuerpos el sufrimiento de Cristo por la vida eterna, por "este misterio entre los gentiles; que es Cristo en (nosotros), la esperanza de gloria".⁶ Nuestra única preocupación debe ser que entreguemos más completamente nuestro corazón al Sagrado Corazón de Jesús, que, como individuos y en nuestros hogares, vivamos en Cristo. Recordemos cada día las palabras de San Pablo, que nos escribió como a sus "hijitos", describiéndose a sí mismo "con dolores de parto hasta que Cristo se forme en [nosotros]":⁷

Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.⁸

Que la observancia del santo Tiempo de Adviento y de la Misa Votiva de hoy de la Virgen en Adviento nos traiga la gracia de saber siempre quiénes somos en Cristo y de vivir en Cristo, con la mirada puesta en el destino de nuestra peregrinación terrenal, o sea, la vida eterna con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo- , en compañía de los ángeles, en la Comunión de los Santos.

⁵ Lc 1, 31-33.

⁶ Col 1, 27.

⁷ Gal 4, 19.

⁸ Col 3, 2-4.

La belleza de la Sagrada Liturgia de hoy es una anticipación de la belleza eterna de "cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia",⁹ que Nuestro Señor establecerá definitivamente en su última venida y que es el destino de nuestra peregrinación terrenal. Invitándonos a entrar en la Sagrada Liturgia con todo el corazón, la Virgen nos enseña a considerar toda la vida bajo el aspecto de la eternidad, a mirar todo lo que hay en esta tierra en el contexto del Misterio de la Fe, en el que participamos de la manera más perfecta a través de la Santa Misa hasta que participemos para siempre en "la cena de las bodas del Cordero".¹⁰

Uniendo nuestros corazones al Corazón Inmaculado de María, elevémoslos al glorioso Corazón traspasado de Jesús. Él está siempre dispuesto a recibir nuestros corazones, a sanarlos con su inconmensurable e incesante misericordia y a inflamarlos con su amor puro y desinteresado. Que Cristo, por intercesión de su Virgen Madre, derrame sobre nuestros corazones el Rocío y la Lluvia de su gracia, que los hace nuevos, que los hace fecundos para nuestro prójimo y para nuestro mundo.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardenal BURKE

⁹ 2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1-8.

¹⁰ Ap 19, 9.